MUNDO DE LIBROS

El Abate Constantin

LUDOVIC HALÉVY

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

El Abate Constantin

Ludovic Halévy

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at https://www.pgdp.net

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

LUDOVIC HALÉVY

EL ABATE CONSTANTIN

BUENOS AIRES 1909

Ludovic Halévy, hijo de León Halévy--literato y autor dramático--sobrino del célebre compositor Fromental Halévy, ambos del Instituto de Francia. Nació en París; estudió en el liceo Luis el Grande; entró a la administración pública como redactor en la Secretaría del Ministerio de Estado (1852); fue nombrado jefe de sección del Ministerio de Argelia y de las Colonias (1858), puesto que desempeñó hasta 1861, pasando entonces a ocupar el de secretario redactor del Cuerpo Legislativo. En 1864 fue condecorado con la Legión de Honor. Y en 1868 se casó con la señorita Luisa Bréguet. Hacia esta época abandonó la administración para dedicarse por completo a la literatura dramática, en la que ya había obtenido buenos triunfos.

Halévy principió por escribir libretos de operetas; fue el libretista de Offenbach. Después de haber dado a los Bufos Parisienses, con el seudónimo de Julio Servières, las operetas en un acto: _Adelante,

señores y señoras_, prólogo de apertura, en colaboración con Méry; _Lleno de agua_; _Madama Papillón_; hizo representar otras obras con su nombre. Colaboró con León Battu, Héctor Cremieux y sobre todo con Enrique Meilhac.

«Dotado de un sentimiento exquisito de la calidad--dice Sarcey,--ha mantenido lo que hay de fanático y raro en el carácter de la imaginación de Meilhac. El trabajo en común ha producido obras que no han sido suficientemente apreciadas.

»Se las ha tratado como a esas mujeres ligeras en cuya sociedad uno se divierte mucho, pero que no se les estima; se les ha visto cientos de veces y se habla de ellas con desdén. Tales son: _La bella Elena_, _Barba Azul_, _Los brigantes_, _La gran Duquesa_, _La vida parisiense_, _El castillo de Toto_. Hay en estas parodias entretenidísimas de la vida ordinaria, mucha imaginación, alegría y buen sentido. Son sátiras en acción que resaltan sobre las simples bufonerías que ha producido este género en los últimos tiempos.»

He aquí las obras que ha escrito para el teatro: _Bataclán_ (1855), opereta; _El empresario_ (1856), opereta; _Rosa y Rosita_ (1858), comedia; _El marido sin saberlo_ (1860), opereta en colaboración con su padre y cuya música es del Duque de Morny; _La canción de Fortunio_; _El puente de los suspiros_; _Orfeo en los infiernos_ (1861), operetas dadas en los Bufos, siendo la última de éstas su primer gran triunfo; _Las ovejas de Panurgo_ (1862), en la que colaboró Meilhac, con quien no dejó de trabajar desde entonces; _La llave de Metella_ (1862); _Los molinos de viento_ (1862); _El brasileño_ (1863); _El tren de media noche_ (1864); _Nemea_, baile con representación (1864); _La bella Helena_ (1865), parodia en tres

actos de la Grecía antigua, representada en el teatro Variedades con éxito enorme; _Barba Azul_ (1866), tres actos; _La vida parisiense_ (1866), cinco actos; _La gran Duquesa de Gerolstein_ (1867), quizá es la pieza que haya alcanzado mayor fortuna; _La pericholle_ (1868), dos actos; _Fanny Lear_ (1868), drama tremendo desarrollado en una ligera comedia de cinco actos; _Frou-frou_ (1869), elegía parisiense en cinco actos; _La diva_ (1869), tres actos; _Los brigantes_ (1869), tres actos; _Tricoche y Cacolet_ (1871), comedia bufa en cinco actos; _La señora espera al señor_ (1872); _Velada_ (1872), comedia en tres actos; _Dos mujeres o el cuarto condenado_ (1875), comedia en verso. Y en colaboración con V. Busnach: _Manzanita_, opereta de Offenbach.

Con Meilhac ha producido: _¡Todo para las damas!_ (1868); _El hombre con llave_; _Las campanillas_ (1872), piececita moderna que los grandes maestros antiguos no hubieran desdeñado firmar; _Toto en casa de tata_ (1873); _El rey Candaule_ (1873); _El verano de la San Martín_ (1873); _La ingenua_ (1874); _Media cuaresma_ (1874), todas piezas muy graciosas en un acto; _La panadera a dos escudos_ (1875), ópera bufa en tres actos, música de Offenbach; _La bola_ (1875), comedia en cuatro actos; _Pasaje de Venus_ (1875); _La viuda_ (1875), tres actos; _Loulou_ (1876); _El ramo_ (1876); _El mono de Nicolás_ (1876), piezas en un acto; _El príncipe_ (1876), en cuatro actos; _La cigarra_ (1877), en tres actos; _Fandango_ (noviembre 26 de 1887), gran ópera, baile con representación; _El duquecito_ (1878), ópera cómica en tres actos; _El marido de la debutante_ (1879), en cuatro actos; _La casita_ (1879), Lolotte (1879); _La pequeña señorita_ (1879), ópera cómica en tres actos; _La madrecita_ (1880), tres actos; _Janot_ (1881), ópera cómica en

tres actos; _La Roussotte_ (1881), comedia en tres actos.

Además de sus producciones para el teatro, Halévy ha publicado _La señora y el señor Cardinal_ (1872); _La invasión, recuerdos y narraciones_, colección de artículos sobre la invasión prusiana, que vieron la luz pública en «Le Temps»; _El sueño_; _El caballo del trompa_; _El último capítulo_ (1873); _Notas y recuerdos_ (1870-1872); _Marcelo_ (1876); _Las pequeñas Cardinal_ (1880); _Un matrimonio por amor_ (1881); _El abate Constantín_ (1882); _Criquette_ (1883); _La familia Cardinal_ (1883); _Princesa_ (1886); _Tres centellas_ (1886); _Karikari_, _Un vals_, _etc._ (1891), forman un volumen de preciosas narraciones.

Aunque no haya escrito para el teatro sino en colaboración, y su personalidad desaparezca en casi todas sus obras colectivas, Halévy ha sabido desprenderla en sus novelas, obras individuales, como lo dice Pailleron, concebidas en un sentimiento particular, expresadas en una forma completamente moderna, selladas de parisianísmo; «en libros cortos para que los lea el parisiense; en su lengua de iniciados para que los comprenda, con espíritu despreocupado aparentemente, burlón, alegre, y con pretextos bastante hábiles para emocionar sin ser descubiertos.»

Ludovic Halévy fue elegido académico, y en la sesión pública del 4 de febrero de 1886, ocupó el sillón vacío por muerte del Conde D'Haussonville. Del discurso pronunciado por Pailleron, director de la Academia, sacamos el juicio sobre _El Abate Constantín_:

«...De este género fino hasta refinado, de esta literatura elegante y discreta, vuestro volumen _Dos matrimonios_ es quizá el tipo más acabado, ejemplar más simpático, pero el tiempo me ha sido contado

para que pueda detenerme. Prefiero ir directa, francamente, a aquellas obras que señalan las fechas de vuestros más grandes triunfos: _El Abate Constantín_, _La invasión_, y desde luego, y sobre todo... miro si la bóveda de esta cúpula austera va a desplomarse en mi cabeza... sobre todo _El señor y la señora Cardinal_.

* * * * *

»Pero habéis hecho obra de varón, señor, en otro de vuestros libros; habéis rehabilitado la virtud. Habéis emprendido la tarea de hacerla amar por ella y para ella. Ahí hay audacia, algunos la llaman habilidad porque habéis triunfado; pero ¿quién hubiese sido bastante hábil para prever, en los tiempos que corren, el éxito de semejante tentativa? Nadie... ni aun vos mismo.

»Porque al fin, por triste que sea es necesario confesarlo, por poco académico que sea, es preciso decirlo: la virtud no figura ya en el movimiento moderno.

»¡Pobre virtud! los vulgares la ridiculizan, los fisiólogos la niegan, la gente alegre la encuentra fastidiosa, y las personas prácticas la consideran inútil. Nuestros autores dramáticos, que desde tiempo inmemorial la recompensaban en el último acto, decididamente le han suprimido las migajas del desenlace clásico y remunerador. Nuestros poetas lanzan contra ella imprecaciones que no tienen de original sino la grosería. En cuanto a nuestras novelas, sabéis hasta dónde brilla por su ausencia la virtud, cuando en ellas no es maltratada. Para verla respetada hay que abrir la _Biblioteca Rosa_; para verla respetada, es necesario venir a la Academia... ¡una vez por año! ¡Pobre virtud!

»¡Escuchad! ¿queréis saber dónde está literariamente? Algunas veces espigamos fuera de los jardines académicos, bien puedo contaros esta

historia:

»Conozco a una señora joven que está al día, ya lo creo, muy al día, y que es muy golosa de las producciones intelectuales, por más que es mundana, y aunque virtuosa, adora la literatura que no lo es. Y no sólo la adora sino que la defiende, la propaga, la proclama eminentemente buena y útil, y esto con un entusiasmo, con una pasión, peor aún, con un gusto que ha concluido por inspirarme ciertos temores por ella y aun hasta dudas sobre ella... ¡si tengo razón, juzgadlo!

»Un día--el de su santo--voy a saludarla y la encuentro sola, leyendo. Apenas me ve, oculta el libro con presteza y emprende una conversación rápida, con la evidente intención de desviarme. Visiblemente emocionada y hasta confusa, la mirada baja, distraída, preocupada; acababa de ser sorprendida en una lectura que la turbaba notablemente; era claro. ¿Qué podía leer que la inmutara a tal extremo después de todo lo que había leído, y que no quería confesar después de todo lo que había confesado? Mis dudas se convirtieron en sospechas. En ese momento, el sirviente anunció la visita de una señora, y como nuestra amiga se levantara a recibirla, pude ver el libro sospechado; leí el título... ¡Ah! señor, ¿sabéis lo que leía esta honesta mujer, lo que leía así, a escondidas y con el rubor en la frente?... era _El Abate Constantín_.

»¡Ahí está la virtud! Porque en cuanto a virtuoso, lo es vuestro romance, lo es absolutamente, con cinismo. Es la única crítica que se le ha hecho. Allí, no podrían satirizar el encanto, el talento, el éxito. ¡Pero demasiadas ovejitas, no bastantes lobos! ¡demasiada honestidad! ¡demasiadas virtudes! ¡muchas flores, señor! Esa buena

americana que tiene un buen marido y una buena hermana enamorada de un buen oficial, sobrino de un buen cura, toda esta buena novela que de buenas en buenas acciones, concluye por un buen matrimonio... ¡no está en la verdad ni en la naturaleza! He ahí lo que se le reprocha y es precisamente lo que nos encanta, a mí y a vuestros millares de lectores; he ahí lo que nos acomoda, nos alivia, nos templa y, sobre todo, nos cambia. Cuando se vive en una atmósfera irrespirable y malsana y se nos alcanza un frasco de esencias, no nos quejamos si sentimos demasiado bien, se le respira y se renace. El público que se asfixiaba os debe esta fresca ráfaga de aire puro y vos veis cómo os lo ha agradecido.»

El Abate Constantín gozó desde su aparición de una boga inmensa, hoy va por la 174ª edición. En el mismo año que apareció, se publicó en la _Biblioteca Popular de Buenos Aires_, dirigida por el Dr. Miguel Navarro Viola, la traducción que ahora reproducimos.

En 1887 esta novela fue arreglada para el teatro por el mismo autor.

EL ABATE CONSTANTIN

I

Con paso firme y ligero aún, caminaba un anciano sacerdote por la vía cubierta de polvo, bajo los rayos del sol de mediodía. Más de treinta años habían transcurrido desde que el abate Constantín era cura de la pequeña aldea que dormía, allá en la llanura, a orillas de un débil curso de agua llamado el Lizotte.

Un cuarto de hora hacía que el abate costeaba el muro del castillo de

Longueval, cuando llegó a la puerta de entrada, que se apoyaba alta y maciza sobre dos enormes pilares de viejas piedras ennegrecidas y roídas por el tiempo. El cura se detuvo y miró con tristeza los grandes avisos azules pegados a los pilares.

Los avisos anunciaban que el miércoles 18 de mayo de 1881, a la 1 p. m. tendría lugar, en la sala de audiencia del Tribunal civil de Souvigny, la venta del dominio de Longueval, dividido en cuatro lotes:

1.º El castillo de Longueval y sus dependencias, lindos estanques, vastos canales, parque de ciento cincuenta hectáreas, todo cercado de pared y atravesado por el río Lizotte. Base para la venta: seiscientos mil francos.

2.º La granja de Blanche-Couronne, trescientas hectáreas. Base: quinientos mil francos.

3.º La granja de la Rozeraie, doscientas cincuenta hectáreas. Base: cuatrocientos mil francos.

4.º Los plantíos y los bosques de la Mionne, cuatrocientas cincuenta hectáreas. Base para la venta: quinientos cincuenta mil francos.

Y estas cuatro cifras adicionadas al pie del aviso, daban la respetable suma de dos millones cincuenta mil francos.

Así, pues, iba a dividirse la magnífica propiedad que desde dos siglos atrás siempre había escapado a la división, pasando intacta de padres a hijos, en la familia de Longueval. El aviso anunciaba también que después de la venta provisional de los cuatro lotes, habría derecho a reunirlos para rematar toda la propiedad entera; pero era demasiado grande, y según todas las apariencias, no se presentaría ningún

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com